

con los brazos rotos por los luteranos iconoclastas, yace en el suelo. Desmonta de su caballo negro, recoge piadoso los restos de la mutilada imagen y, santiguándose, exclama:

—«¡Oh, Cristo, concédeme el poder vengar la injuria que te han hecho!»

El celo del perseguidor de herejes espoleaba a Carlos en esta guerra.

* * *

—Y otra anécdota:

Los protestantes, acaudillados por el elector Juan Federico de Sajonia y el landgrave Felipe de Hesse, aumentan su rebeldía activa e insultan constantemente a su soberano, titulóndole con desprecio «Carlos de Gante, el así llamado Emperador».

Los insultos llegan a los oídos del César. Y promete, tajante:

—«Estoy resuelto a permanecer como Emperador en Alemania, vivo o muerto.»

El digno sentimiento de la Majestad ofendida es el otro acicate que impulsa a Carlos V a luchar contra los rebeldes.

* * *

¡Y en qué condiciones! El Emperador, que acaba de cumplir los cuarenta y siete años—nació con el siglo—, tiene el aspecto de un anciano. Aquéjanle, desde hace tiempo, la gota y una enfermedad de la vejiga y le ha quedado, además, una parálisis de las piernas, a consecuencia de un accidente de caza. Cuando le trasladan en litera por el país, pueden imaginar los protestantes que el cortejo es como un entierro. Pero su celo religioso y su majestad insultada le harán montar a caballo, sobreponiéndose a los dolores, en esta madrugada neblinosa del 24 de abril de 1547.

Son solamente 16.000 hombres contra 50.000 de los luteranos. Pero Carlos cuenta con buenos generales: el Duque de Alba y Mauricio de Sajonia, a quien ha prometido los Estados de su pariente y rival el Elector. ¿Nada más? Cuenta, sobre todo, con el coraje de estos soldados españoles que, aprovechando la niebla, atraviesan a nado el río Elba, llevando sus armas entre los dientes, para apoderarse del puente de barcas, sorprendiendo a los centinelas. Y mientras la caballería vadea la corriente, el grueso de los tercios invencibles llega también a la margen opuesta. La derrota de los herejes es estrepitosa. Juan Federico vacila en movimientos inseguros, entre la retirada a Wurtemberg y Magdeburgo, o concentrar sus fuerzas dispersas hacia Bohemia. Al fin, cae herido y prisionero. En las tropas imperiales sólo hubo cincuenta bajas.

«La batalla de Mühlberg—sentenciará Paul Joachimsen— es la catástrofe del protestantismo político.»



CARLOS V EN MUHLBERG
(Tiziano.—Museo del Prado.)